

NEW LEFT REVIEW 145

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-ABRIL 2024

ARTÍCULOS

MICHAEL MANN	Explicar las guerras	7
GÖRAN THERBORN	Los futuros de la izquierda	33

ENTREVISTA

KŌHEI SAITŌ	Reverdecer a Marx	51
-------------	-------------------	----

ARTÍCULOS

LORNA FINLAYSON	Sobre los males menores	67
NICK BURNS	La deuda estudiantil	75
JIWEI XIAO	Ficciones chinas	99
PETER OSBORNE	¿Política planetaria?	119

CRÍTICA

ROB LUCAS	Regla gruesa, regla fina	135
JACOB COLLINS	Lecciones de egohistoria	153
TERRY EAGLETON	Joyce moderno	168

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



SOBRE LOS MALES MENORES

CON UNAS INMINENTES elecciones generales en Gran Bretaña, las lumbreras de *The Guardian* y de *The New Statesman* han estado apremiando a Keir Starmer, supuestamente el próximo primer ministro del Reino Unido, para que presente un plan de gobierno creíble. El Partido Laborista, afirman estos medios, «necesita desesperadamente abogar por algo», «necesita una gran idea», una «visión política» que «conecte con la mayoría», «un programa político más claro para ganarse la confianza de los votantes»¹. Sin embargo, no hay nada particularmente oscuro en el programa de Starmer. Las señas de identidad de su política, que lleva adelante con perfecta coherencia y consistencia, son el autoritarismo mezquino, la «disciplina fiscal» y la lealtad a la Casa Blanca. Aquellos para quienes este tipo de política resulta insulsa y poco estimulante o bien francamente repulsiva, no necesitan más clarificaciones sobre las creencias de Starmer. Para ellos la única razón para votar al Partido Laborista es desalojar a los conservadores, después de su lúgubre década y media en el gobierno. A medida que se acerque la fecha de los comicios y se reduzcan las diferencias en las encuestas, los analistas partidarios de Starmer empezarán a considerar este hecho. Se preocuparán menos por definir la «visión» de Starmer y se concentrarán más en dirigirse a este grupo de potenciales abstencionistas, exhortándoles para que dejen de lado sus reparos y voten por el menor de los males posibles.

¹ Simon Fletcher, «Keir Starmer's Labour Desperately Needs to Stand for Something», *The New Statesman*, 28 de julio de 2021; Andrew Marr, «Labour Could Face an Election Next Spring. Keir Starmer Needs a Big Idea, and Fast», *The New Statesman*, 6 de abril de 2022; Kiran Stacey, «Labour Figures from 1997 Victory Warn Starmer Against Cautious Approach», *The Guardian*, 5 de octubre de 2023.

El argumento puede parecer irrefutable. El mal menor, por definición, es la menos mala de un determinado conjunto de opciones. Negarse a aceptar la opción menos mala es preferir la peor antes que la mejor, lo que evidentemente parece ilógico. A menudo se considera que ello no es solamente una falta de racionalidad, sino también de moralidad. Al negarnos a minimizar lo malo, en cierto sentido somos responsables del «excedente» que representa la realización del mal mayor respecto al mal menor. Retóricamente, ello a menudo se vincula con ideas de madurez e inmadurez. El argumento del mal menor se presenta como la «política de la madurez», la aceptación de que no siempre podemos tener lo que queremos, que algunas veces tenemos que tragarnos nuestras decepciones y contentarnos con lo menos malo². Aquellos que no están dispuestos a hacerlo quedan señalados como incapaces de controlar sus impulsos en aras del bien común. Son obstinados, petulantes, egoístas y se aferran a su idealismo por despecho o vanidad. O bien su comportamiento se describe como una expresión de privilegio. Es más fácil decir «al infierno con las consecuencias», si en cualquier caso estas no te afectan, mientras otros tienen que cargar con ellas. En otras palabras, los que no se muestran receptivos ante el razonamiento del mal menor son unos niños mimados³.

Incluso si instintivamente percibimos que hay algo fraudulento en esta familiar línea de argumentación, puede ser difícil precisar dónde está el error. Quizá la respuesta más obvia sea señalar la manera en que tal razonamiento lleva nuestra atención hacia una pregunta mucho menos importante que otras que podríamos hacernos. ¿Por qué estamos debatiendo votar o no votar por A, que (supongamos) es marginalmente menos odioso que B, en vez de pensar en primer lugar sobre cómo hemos llegado a encontrarnos ante una alternativa tan deplorable? Resulta tentador responder que ello se debe a que entretener a la ciudadanía con esta cuestión relativamente irrelevante resulta realmente práctico para quienes detentan el poder: mientras estamos ocupados con el debate de A *versus* B, nos sentimos como si estuviéramos implicados en la toma de decisiones políticas, pero nos sustraemos a la situación

² Ian Dunt, «Starmar Victorious: Finally There's a Grown-Up in Charge», *politics.co.uk*, 4 de abril de 2020.

³ Neil Midgley, «We're Spoiling Our Children and Turning Them into Brattish Corbynistas», *The Telegraph*, 20 de julio de 2016.

de peligro que conlleva cambiarlo realmente todo. Y si A *versus* B es tan aburrido que mucha gente pierde por completo el interés por la «política», mucho mejor.

2

Parte de la respuesta es, pues, que a menudo no tiene demasiada importancia a quién votamos o si votamos en absoluto. Esta posición, de nuevo, se expone a ser acusada de inmadurez, de representar un cierto tipo de nihilismo adolescente, aunque no implique nada de ello. Hay mucho que hacer al margen de votar, e incluso si no lo hubiera, ello no haría que el voto fuera más efectivo como medio para el cambio social. Sin embargo, hay una pizca de verdad en la acusación de que la indiferencia hacia el juego electoral es un lujo. Édouard Louis señala en *En finir avec Eddy Bellegueule* (2014), que incluso acontecimientos políticos de carácter menor, como aprobar un decreto o cambiar una política, pueden ser decisivos para los pobres –ser un motivo para la desesperación o el alivio– de una manera que es menos probable que sea así para los ricos. La precariedad de las vidas individuales es tal que pequeños acontecimientos tienen importantes implicaciones. Un error burocrático, una operación retardada, un aumento del alquiler o un problema con el visado pueden hacer que estas vidas se desmoronen. La vacuidad de la democracia liberal no significa que, dentro de ese sistema, distintos resultados no tengan consecuencias que puedan suponer la diferencia entre la vida y la muerte. Un aspecto no elimina al otro, así que si a menudo no importa, por lo menos algunas veces sí lo hace.

3

El argumento en pro de concentrar nuestra atención, aunque válido, no constituye una respuesta directa a la cuestión del mal menor. Solamente dice que deberíamos hablar más sobre otras cosas, algo con lo que el partidario de la posición del mal menor estará de acuerdo: hablemos de otras cosas, pero sigues teniendo que taparte la nariz y votar por Starmer, Macron o Scholz. En el Reino Unido, esto puede parecer un tanto sorprendente a la vista de la historia política reciente. ¿Dónde estaban esas voces en 2017 y 2019, pidiendo que la gente sensata apoyara al Partido Laborista para evitar el mal mayor de una victoria de los conservadores?

En ninguna parte. Había que parar al corbynismo, aunque eso significara dar paso a la gran *bête noire du jour* de todos los liberales inteligentes: Boris Johnson.

4

Algunas veces, sin duda muchas, es una buena idea elegir el mal menor entre múltiples opciones, sin que ninguna de las cuales nos guste muchísimo. Esto lo reconocemos en multitud de expresiones diarias, de «minimizar los daños» a «lo mejor de lo peor» o «más vale malo conocido». No es más que una reflexión sobre el hecho de que no solamente no podemos tener todo lo que queremos, sino que frecuentemente no tenemos más opción que tener algo que activamente rechazamos. Esto se comprueba claramente en política. Así que el planteamiento de cuestionar los argumentos políticos que apelan al «mal menor» no supone que ese tipo de argumentos sean siempre erróneos.

5

Pero la teoría del mal menor no es la irrefutable construcción del sentido común que pretende ser. De hecho está llena de agujeros. En primer lugar, el argumento, tal y como se presenta habitualmente, es crudamente consecuencialista: hay que hacer todo lo que se pueda para conseguir los resultados mejores (o menos malos). Sin embargo, correctamente o no, la mayoría de nosotros no somos vulgares consecuencialistas. Pensamos que hay otras cosas que importan, por lo menos algunas veces. Para muchos de nosotros hay un punto pasado el cual los llamamientos a favor del mal menor pierden su fuerza, un punto en el que taparnos la nariz ya no parece una respuesta aceptable o apropiada.

6

En la política electoral, la teoría del mal menor tiende a concebir las consecuencias solamente en el sentido inmediato de la llegada al poder de uno u otro partido. Pero esto interpreta las consecuencias demasiado limitadamente. El que un determinado partido llegue al poder no es el único resultado de los votos emitidos. Un voto, independientemente de lo infinitesimal y

dependiente de todo un conjunto de factores interrelacionados que sea, puede recompensar a un partido por su actuación; puede comunicar a los que están en el poder que para la gente un tema es importante y otro no. Cuando Blair fue reelegido en 2005, lo que presumiblemente se comunicaba era que se pueden invadir países de Oriente Próximo a pesar de la masiva oposición pública y la gente seguirá votándote. Incluso concediendo que los conservadores eran el mal mayor en 2005, la política de voto consistente en «dar una lección al Nuevo Laborismo» podría haber tenido un efecto más saludable sobre la política británica.

7

Una vez que miramos más allá del futuro inmediato, la afirmación de que elegir el mal menor siempre producirá los mejores resultados pasa de ser trivial a ser muy dudosa. El planteamiento no es complicado: todos estamos realmente familiarizados con la idea de determinadas estrategias que funcionan a corto plazo pero son contraproducentes a largo plazo. El problema de la política del mal menor es que afianza una estructura de incentivos que recompensa a los políticos por su belicismo, sus privatizaciones y su corrupción sin poner ningún límite a las profundidades en las que pueden caer, facilitando así el «gran espectáculo del desplazamiento a la derecha».

8

Hay un meme en Internet que visualiza el espectro político convencional —«izquierda», «derecha» y «centro»— repetido varias veces, cada una de las denominaciones debajo de la última. En la segunda fila, lo que anteriormente era «la izquierda» ha sido tachado y la nueva «izquierda» está escrita en el lugar que anteriormente era «el centro». La «derecha» está en el mismo lugar que antes, con el «centro» ahora a mitad de camino entre las dos. La tercera iteración repite el proceso: la anterior «izquierda» ha desaparecido y el anterior centro es ahora la «izquierda», con el nuevo «centro» ahora apretujado todavía más entre «izquierda» y «derecha». En la última fila, la «izquierda» ha saltado a donde estaba originalmente la «derecha», mientras la «derecha» ha saltado todavía más hasta el anterior territorio de la extrema derecha. Lejos de ser un escenario hipotético, este cuadro encaja con asombrosa precisión en la reciente historia política

británica: las políticas de la extrema derecha del Frente Nacional durante la década de 1970 –poner fin a la inmigración, rechazo del mercado común y suprimir la ayuda al desarrollo– son prácticamente indistinguibles del actual programa del Partido Conservador; el Partido Laborista, a su vez, ahora es prácticamente indistinguible de los *tories*.

9

Así, la paradoja del mal menor es que eligiendo siempre el mal menor puedes acabar con uno mayor. Pero hay un enorme agujero más. El razonamiento da por hecho que el «mal» es algo lineal, que en principio es posible medirlo en una sola escala de manera que siempre hay una respuesta a la pregunta de cuál de dos opciones es la peor y cuál la menos mala. Pero, ¿por qué asumir que el mal tiene una moneda común? ¿No pueden ser malos dos partidos de diferentes maneras? ¿Cómo mides un mal insípido y cobarde en relación a otro descarado y arrogante? ¿Una malevolencia competente frente a otra incompetente? ¿Una política exterior criminal frente a una criminal austeridad doméstica?

10

Cualquiera que sea la dimensión en la que nos concentremos, los argumentos para considerar al Partido Laborista de Starmer como el menor de los males posibles en la Gran Bretaña de 2024 son débiles. Todas las políticas laboristas que podían haber dado argumentos a los defensores del mal menor han sido descartadas sin más ceremonia: la promesa de financiar a las empresas de tecnologías limpias, los impuestos (ligeramente mayores) sobre los ingresos más elevados, la abolición de las tasas académicas, poner fin a la subcontratación de empresas privadas en el Sistema Nacional de Salud (ahora el Partido Laborista promete aumentarla).

11

En cuanto al mal, Starmer ofrece una sobreabundancia de activos. Se podría disculpar que alguien pensara que Starmer se está dedicando a algún tipo de test funcional para poner a prueba los límites del argumento del mal menor. Starmer ha defendido fervientemente el asedio

de Gaza y apoyado el «derecho» de Israel a cortar el suministro de alimentos y agua; ha amenazado con echar de su grupo parlamentario a cualquiera que pida un alto al fuego; ha pervertido los procedimientos parlamentarios para impedir que los diputados laboristas respalden la moción a favor de un alto al fuego promovida por los nacionalistas escoceses. Trabaja hombro con hombro con los *tories* en planes para criminalizar el movimiento Boicot, Desinversión y Sanciones. Respalda el bombardeo de Yemen, mientras supera a los *tories* más extremistas en asuntos como Irán, China y Rusia⁴. Ha prometido acelerar las deportaciones y enviar a los solicitantes de asilo al extranjero mientras se resuelven sus solicitudes. Se ha comprometido a que su partido apoye «normas fiscales» de hierro y ha criticado el planteamiento «negligente» de los *tories* sobre el gasto público. Ha apoyado la represión conservadora de las protestas públicas, ha jurado conservar la mayoría de sus leyes antisindicales y ha prometido fortalecer la seguridad del Estado, mientras ha apoyado la imposición de sentencias de diez años de cárcel por vandalizar estatuas, ha asegurado que pretende acabar con la pequeña delincuencia y ha aclamado a Margaret Thatcher como modelo de una política de «ley y orden»⁵.

I 2

El mayor desafío para la defensa de Starmer como el mal menor es que no hay ninguna razón plausible para pensar que él represente realmente el mal menor y en cambio si hay fundamentos para pensar que podría ser un mal mayor: más dispuesto a demostrar su lealtad hacia Washington arrastrando al mundo a una guerra, más brutal todavía en la aplicación de los recortes y las privatizaciones. ¿Y cuál es la respuesta a todo esto de los partidarios del mal menor?: «Entendemos lo que quieres decir. Starmer es demasiado tímido. *Pero los tories...*»

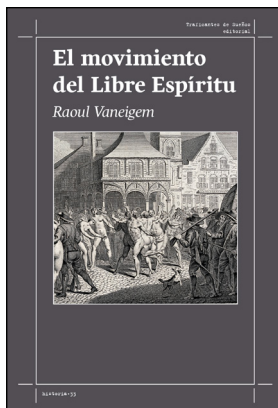
⁴ Asher McShane, «Israel “Has the Right” to Withhold Power and Water from Gaza, Says Sir Keir Starmer», LBC, 11 de diciembre de 2023; «Labour Sets Out Opposition to BDS in Commons Debate», *Labour Friends of Israel*, 3 de julio de 2023. Sobre geopolítica véase, por ejemplo, Adam Forrest, «Sunak Failing to Protect UK from China and “Presiding over Prison Mayhem”, says Starmer», *The Independent*, 13 de septiembre de 2023.

⁵ Véanse respectivamente, Dominic McGrath, «Labour Considering Rwanda Alternative for Migrant Plan», *The Independent*, 25 de diciembre de 2023; Morgan Jones, «Keir Starmer: We Must “Accept the Consequences” of Our Iron Fiscal Rules», *LabourList*, 19 de junio de 2023; Rachel Burford, «Keir Starmer Hails Margaret Thatcher as “Right” on Crime as He Launches Labour’s Law and Order Plan», *The Evening Standard*, 23 de marzo de 2023.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



El movimiento del Libre Espíritu

Raoul Vaneigem

Colección: historia 33

PVP: 20 €

Impulsado por la energía que abunda en la escritura de Vaneigem, este libro se propone «rastrear la huella de lo vivo bajo el oscurantismo religioso e ideológico», en este caso de una Edad Media que tantas veces se nos ha transmitido «sumergida en la fe cristiana como la sardina en el aceite». En dirección contraria a este postulado, este trabajo recupera la historia del «Libre Espíritu»: el movimiento herético que llevó la religión hasta su disolución en la afirmación inmediata del goce y de la vida sin más mediación que la libre voluntad. Para ello el autor procede a realizar un vasto recorrido que arranca del siglo XII y llega hasta el XVII, y en el cual se recupera la estela de una corriente insospechada: el milenarismo joaquinista, la herejía valdense, los llamados amaurianos, la multitud de comunidades de beguinas y begardos que abrazaron el «Libre Espíritu», los Homines Intelligentiae, algunos sectores de los taboritas, los llamados eloístas (proletarios despreciados por Lutero) e incluso los alumbrados de Sevilla.

Como escribe Vaneigem «este libro no es solo un homenaje a unos seres lo suficientemente audaces como para desafiar las torturas inquisitoriales, sino que destaca el surgimiento de una irresistible fuerza de vida que *disuelve lo divino bajo el pretexto de identificarse con él*».